

Al día siguiente, Morelos convocó una junta de vecinos y de militares, y despojando ya de su barba de viajero y vestido con su mejor traje, fué á presidirla y á levantar el acta solemne de proclamación de la Independencia. Entonces mostró la autorización que había recibido del caudillo de Dolores y que decía así:

“Por el presente comisiono en toda forma á mi lugarteniente, el Br. Don José María Morelos, Cura de Carácuaro, para que en la costa del Sur levante tropas, procediendo con arreglo á las instrucciones verbales que le he comunicado.—Firmado.—MIGUEL HIDALGO, Generalísimo de América.”

Y “este fué el principio que tuvo la revolución en la costa del Sur, que puso en el mayor peligro al dominio español en Nueva España,” como dice Alamán, y como lo confirma la historia.

IGNACIO M. ALTAMIRANO.



MORELOS EN EL VELADERO.

(El Paso á la Eternidad).

I.

La hora del alba en los bosques vírgenes de la costa del Sur, tiene un encanto indefinible. El cielo de los trópicos con sus admirables toques de luz rivaliza entonces en hermosura con aquellas florestas en que se ostentan las maravillas de la zona tórrida con todo su vigor lujuriente y salvaje, y con los aspectos del Océano Pacífico, que á esa hora se extiende dulce y manso, murmurando apenas al pie de los acantilados de la montaña, extendiéndose después en el horizonte lejano hasta confundirse con el cielo por el color y por la inmensidad.

La naturaleza parece que se despierta entonces de súbito y alegre. Mil ruidos extraños, variados y gratuitos, pueblan el aire. En los bosques millares de millones de aves canoras entonan sus himnos á la aparición del día; los pájaros marinos abandonan los peñascos y se lanzan en bandadas á las riberas, y el suave rumor de las ondas resbala lentamente como un último arrullo que se desvanece en las playas.

Esta belleza crepuscular es tan encantadora como rápida. Un momento después los primeros rayos del sol incendian el horizonte y las tintas blancas de la aurora y aquellos argentados reflejos del mar desaparecen ante las rojas cataratas de aquel volcán de luz.

CARILA ALFONSI
BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE

El poeta, el meditador, el que quiera disfrutar del goce inefable que se siente, contemplando el aspecto de la naturaleza en esos primeros instantes del día, y asistir a la lucha de las sombras con las primeras claridades del alba, tiene, pues, en la costa del Sur, muy pocos instantes de que disponer, pero ellos pasan como un sueño del paraíso.

La mañana de que vamos á hablar, era una mañana del mes de Mayo de 1811, y á la hora del alba.

Atraído seguramente por los encantos del cielo, del paisaje y del aspecto del mar, un hombre, un extraño personaje había buscado una roca gigantesca desde la que se descubriría por el Sudeste toda la bahía hermosísima de Acapulco con el caserío de la ciudad y su fortaleza, sobre la que flameaba la bandera española, por el Sur, los morros del Pié de la Cuesta; y por el Sudoeste los manglares perdidos como una línea negra entre la ancha zona del mar y la gran laguna de Coyuca, y por el Oriente y el Norte los espesos bosques de la Sabana, del Veladero, y el oleaje de montañas que sin interrupción se pierden hasta confundirse en los grandes espinazos de la Sierra Madre.

Por dos lados la inmensidad del mar, por los otros la inmensidad de las montañas, por todas partes la grandeza del Universo y la sublimidad de la creación.

Aquel hombre parecía ser digno de semejante espectáculo, y su mirada profunda revelaba la superioridad de una alma extraordinaria, digna de comprender aquel cuadro asombroso.

Estaba vestido de negro y en pie, pero se reclinaba sobre un picacho de la roca y tenía en una de sus manos su sombrero de paja de alas anchas, mientras que en la otra apoyaba su barba en actitud meditabunda.

A poca distancia de él y siguiéndolo con la vista como pendiente de sus órdenes, se hallaba sentado otro hombre de edad madura y de noble y varonil fisonomía, armado con una carabina, pistolas y un sable, y envuelto en una rica manga roja bor-



Morelos en el Veladero

dada de oro. Dos mozos, también armados, se hallaban todavía más lejos al pie de la roca, que era sumamente escarpada, teniendo de la brida cuatro caballos.

La mañana iba aclarando cada vez más. A los rumores variadísimos que hemos procurado describir y que animaban en esos momentos aquella majestuosa soledad, se unían ahora otros extraños y singulares. Eran toques de guerra lejanos, pero distintos. Eran sonidos de tambores, de pífanos y de clarines, mezclados en una tocata alegre y repetida por varios puntos.

Era la diana que tocaban muchas bandas en un campamento situado á corta distancia.

Pasados algunos minutos, y cuando empezaba á inundar el cielo una luz más viva y más fulgente que permitía distinguir hasta los objetos lejanos, el personaje meditabundo, salió de su inmovilidad, dió un paso adelante y dirigiéndose á su compañero le dijo en voz breve:

—¿Trajo usted por casualidad el antejo, Don Julián?

—Sí señor, respondió éste, levantándose: nunca se me olvida.... ¿Hay algo, señor? preguntó con timidez.

—Sí, respondió el interlocutor, me parece que asoman por el "Pie de la cuesta" las lanchas cañoneras....

—En efecto, ellas son, añadió, mirando ya con el antejo.... están ahora bordeando.... tal vez quieran dar unas "mañanitas" á Don Juan José para vengarse de la tunda de ayer.... Puede que allí vaya Recacho, concluyó, sonriendo.... como ahí no hay peligro....

—En efecto, respondió el que se llamaba Don Julián; no hay peligro para nadie, ni para los nuestros; eso es gastar la pólvora en infiernitos.... El tío Caleana verá todas esas valentías, desayunándose con su apetito de costumbre.

—¿Y en las Cruces, señor?

—En las Cruces, dijo el personaje vestido de negro, dirigiendo hacia el Sudeste su antejo, nadie.... ni una alma.... Si le digo á usted que el miedo del oidor ha contagiado al pobre de Fuentes, y al ataran-

tado de Régules.... Vámonos, añadió, arreglando el anteojo y entregándolo a Don Julián.

Los dos hombres bajaron lentamente por aquel escarpado sendero de la roca, la más elevada del Caravali, y habiendo montado en sus caballos, se dirigieron al trote al cerro del Veladero, por un camino cubierto por la espesa enramada que formaban los árboles gigantes del bosque.

Al llegar al campo oyéronse aún más distintas las dianas, que en tal época duraban mucho tiempo, variando las sonatas de los pífanos, á las que comenzaban á mezclarse los aires campesinos de la costa y las alegres canciones de los soldados.

Algunas avanzadas ocultas en la espesura, al reconocer á los jinetes, alzábanse inmediatamente para hacer los honores, y los oficiales venían á dar parte.

Momentos después los jinetes comenzaron á ascender por un camino estrecho, al cerro, en cuya cumbre había construídos grandes parapetos de piedra, á guisa de fortines, sobre los cuales flotaba una bandera negra que tenía en el centro una calavera y esta inscripción en letras blancas: "Paso á la Eternidad."

Al reconocer los centinelas á nuestros personajes dieron voces; las tropas se formaron é hicieron honores y el grupo de jinetes entró por una puerta estrecha del fortín, única accesible, en una especie de meseta vasta; plana y rodeada por todas partes de trincheras, de parapetos y de abati-das de árboles.

En toda la extensión de la meseta se levantaban tiendas de campaña, enramadas paralelas formando calles muy anchas y en ellas y en las amplias plazoletas, circulaban bulliciosos soldados y oficiales corriendo á formarse por Batallones para pasar lista.

En las enramadas se preparaba el rancho; algunas graciosas morenas atravesaban llevando el cántaro en la cabeza y cantando, y por todas partes notábase, en fin, la extraña animación de un pueblo militar en las primeras horas del día.

Pero al ver toda aquella gente el grupo de jinetes que hemos descrito, se detuvo res-

petuosa, callóse; las bandas batieron marcha, los soldados presentaron las armas, y la muchedumbre atronó el aire, repitiendo uno tras de otro los gritos de....

—¡Viva el General Morelos! que resonaron de una á otra parte del campamento.

El personaje vestido de negro saludó afectuosamente á aquel ejército de patriotas y se dirigió á una gran tienda colocada en el centro de la meseta, sobre la cual flameaba también una bandera negra con la inscripción blanca "Paso á la Eternidad," y á cuya puerta se hallaba apiñada una multitud de oficiales y de campesinos.

Así, pues, aquel extraordinario personaje de profunda y radiosa mirada á quien hemos visto en un peñasco de Caravali, absorto en la contemplación de las bellezas del alba, era el gran Morelos, vencedor ya de los españoles en varios encuentros y que el día 10. de Mayo de 1811, anterior á aquel en que lo encontramos, acababa de obtener un nuevo triunfo sobre el jactancioso oidor Recacho, que prófugo de Guadalupe había venido á Acapulco á fungir de General, y sobre los viejos militares Fuentes y Régules, grandes columnas del poder español en la costa del Sur.

Y aquel campo, era el invencible campo del Veladero que Morelos había bautizado con el tremendo nombre de "Paso á la Eternidad," para significar que el que se acercase á él, se acercaba á la muerte, y que justificó su nombre en aquel gran período de la insurrección mexicana.

El compañero de Morelos, el garboso jinete de la manga roja, era el valiente Don Julián de Avila, el héroe del 10. de Mayo y el jefe inmediato del campamento.

II.

Morelos se apeó de su caballo á la entrada de la tienda central é inmediatamente, cien personas se precipitaron á su encuentro, unas para becarle la mano, á pesar suyo, las más para saludarlo con una expresión en que se traslucía más que la sumisión al General, el cariño apasionado

del hijo ó la adoración fanática del secretario.

Aquel hombre, más que un caudillo popular, era un padre de familias, un apóstol ó un taumaturgo. El famoso General español, Calleja, á quien Morelos humilló tanto en Cuautla, sorprendido al ver el fanatismo que el grande hombre inspiraba á sus partidarios, escribía al Virrey Venegas en 1812, diciéndole: "Este clérigo es un segundo Mahoma."

En efecto, sólo el fundador inspirado de una religión, que habla en nombre de la Divinidad y que promete el cielo á sus prosélitos, puede producir un entusiasmo y una adhesión tan excepcional como el entusiasmo y la adhesión que producía Morelos entre sus soldados y entre los pueblos.

Y era que Morelos hablaba en nombre del Derecho y de la Patria, y que era un hombre de genio.

El jefe español, educado en la ignorancia y en el servilismo, no comprendía seguramente el efecto mágico que ejerce en los hombres que desean ser libres, la idea de la Patria, y acostumbrado á contar sólo con los elementos que le proporcionaba su Gobierno con un erario bien provisto, tampoco comprendía los milagros que puede operar el genio, creando, como Dios, un mundo, de la nada.

Así es que, en su miserable pequeñez, frente á frente de Morelos, no podía explicarse acertadamente la grandeza extraordinaria del caudillo mexicano, pero la sentía, y procuraba definirla á su manera, comparándola con la del gran fundador de la religión musulmana, cuya influencia habían podido conocer los españoles durante siete siglos.

Morelos, pues, "segundo Mahoma" para los españoles, fué, es, y será para los mexicanos, el genio de la Independencia.

No hay que extrañar, por eso, que desde el principio de su asombrosa carrera militar, haya inspirado á sus soldados la profunda adhesión rayando en fanatismo, que los distinguió siempre, y de que dieron pruebas combatiendo heroicamente al lado de

su jefe durante la vida de éste, convirtiéndose en culto su memoria después de su muerte, y siendo fieles hasta sus últimos días, á los principios que supo inculcarles.

Este es un rasgo característico de la influencia que ejerció aquel genio incomparable en los hombres á quienes enseñó la religión del patriotismo y de la libertad. Los que morían en la lucha mezclaban en su último grito, al de la patria, el nombre de Morelos. Los que sobrevivieron lo consideraban como un semi-dios; ninguno de los suyos renegó de él; ninguno tuvo un solo instante de debilidad, aun en las mayores angustias. Guerrero, Victoria, Don Nicolás Bravo, Don Nicolás Catalán, Don Luis Pinzón y Don Isidoro Montes de Oca, hablaban de él, llorando; Don Juan Alvarez, ya septuagenario, se ponía en pie y descubría sus canas venerables cuando pronunciaba su nombre. Era adoración la que aquellos hombres de hierro sentían hacia el caudillo inmortal.

Volvamos ahora al Veladero, que allí fué donde comenzó á mostrarse en bien de la Patria, el prestigio de Morelos.

Apenas entró en su tienda, cuando al mismo tiempo que tomaba su desayuno dictó á sus Secretarios lacónicamente, notas que eran reducidas á las más pequeñas dimensiones, cerradas y despachadas con emisarios que partían en el acto para diversos puntos, sea de la costa-grande en donde, hasta Zacatula, se hallaba establecida ya una administración regular, bajo el dominio del Gobierno nacional, sea á los pueblos del centro del Sur, de las intendencias de México ó de Michoacán, á los que era preciso llevar el incendio de la insurrección.

Después de este breve despacho, Morelos dictó las órdenes del día á los Coroneles Avila, Ayala y Valdovinos, jefes del campo del Veladero; hizo transmitir las correspondientes al Coronel Don Juan José Galeana, jefe del campo situado en "Pie de la Cuesta," y al Coronel Don Hermenegildo Galeana, jefe del campamento de la Sabana y que se había cubierto de gloria el día anterior, como Avila, derrotando á las tropas españolas de Acapulco, que intentaron un

ataque general sobre las posiciones de los insurgentes.

Apenas acababa de dictar estas órdenes, cuando un gallardo joven, jinete en un magnífico alazán, se apeó en la puerta de la tienda y pidió permiso para entrar.

—El Capitán Galeana, anunció un ayudante.

—Que entre, respondió Morelos, esperando con cierta curiosidad.

—Señor, dijo el joven Pablo Galeana (*) Mi tío me envía á pedir á usted permiso para entrar en el campo con los amigos de Michapa.

—Bien: que lleguen enhorabuena.

El joven volvió á partir á galope.

Un momento después y en medio de un muchedumbre de soldados y oficiales deseosos de conocer á los personajes que llegaban al campo con cierto misterio, y cuya venida se había sabido rápidamente, atravesaba un grupo de jinetes con dirección á la tienda del General.

Al frente de ellos iba guiándolos un hombre alto, rubio, de ojos azules, de patillas doradas, de tez encendida, hermoso como un antiguo guerrero germánico del tiempo de Arminius, respirando en todas sus facciones valor, franqueza, y una sencillez campesina que encantaba al verla.

Los soldados se fijaron luego en este hombre, que les era muy conocido, y se dejaban en los corros que se habían formado al paso de la cabalgata:

—¡Qué alegre viene "tío Gindo!" Deben ser esos muy buenos sujetos, puesto que los trata con tanta amistad.

En efecto, aquel gigante de cuerpo, como de valor, era el famoso Don Hermenegildo Galeana, el Aquiles del ejército de Morelos. (**) Montaba con la destreza que le era

(*) El más joven de esa brillante familia de héroes tan famosos en la guerra de la Independencia. Don Pablo Galeana llegó hasta Brigadier en el ejército de Morelos.

(**) ¿Quién no conoce la historia de Galeana? Morelos le llamaba "su brazo derecho." El heroico Mariscal de campo murió

característica, un caballo negro, de la costa, enjaezado con primor; llevaba atado á la cabeza el gran pañuelo de seda, entonces muy en uso en los campos, y se cubría con un sombrero de paja de anchas alas.

Con él venían, en unión del joven Galeana y seguidos de mozos que llevaban mulas cargadas de almofrejes y de baulés, tres jinetes que por su aspecto y traje, parecían procedentes de las tierras templadas.

Debían ser sujetos principales, porque su traje, aunque de camino, era esmerado y rico, lo mismo que los jaeces de sus caballos soberbios, aunque fatigados por un largo viaje. Además, su fisonomía revelaba, como la de los Galeanas, la pura sangre española, aunque los cabellos y las patillas oscuras de los dos mayores contrastaban con las patillas y cabellos rubios de Don Hermenegildo.

En cuanto al más joven de los tres desconocidos, era un adolescente á quien apenas pintaba la barba y que cubierto con finísimo paño de sol, parecía agobiado por el calor ecuatorial de la costa.

Morelos salió á recibirlos hasta la puerta de la tienda con aspecto sonriente y regocijado.

Los jinetes se apearon y Don Hermenegildo, acercándose con respeto, dijo:

—Señor, aquí tiene usted á nuestros amigos Don Leonardo y Don Miguel Bravo.

—Sean ustedes bien venidos, señores, dijo Morelos, abrazándolos con efusión.

Los Bravos no podían hablar, tan conmovidos así estaban. Repuesto prontamente Don Leonardo de su emoción, tomó de la mano al joven y acercándolo á Morelos le dijo:

—Este muchacho es mi hijo Nicolás, que viene á ponerse también á las órdenes de usted.

en Coyuca de un golpe que se dió en la cabeza en un árbol, combatiendo con los españoles, en 27 de Junio de 1814. Estos le cortaron la cabeza y la clavaron en la misma plaza de Coyuca en el tronco de una ceiba.

Y como el joven alargara los brazos....

—No, hijo mío, tú debes besar la mano del padre de la Patria y pedirle su bendición....

—El mancebo se inclinó á besar la mano del caudillo; éste le puso las manos en la cabeza y le dijo solemnemente:

—Te consagro á la Patria, sé su apoyo y su ornamento.

—Lo procuraré, señor, respondió el joven con vehemencia.

—¿Y Don Víctor?, preguntó Morelos.

Víctor, respondió Don Leonardo, ha tenido que quedarse por allá para cuidar de la gente y estar á la mira de Guevara y de Juan chiquito, encargados de vigilarnos y de perseguirnos, como usted sabe.

—¿Y está en Michapa todavía?

—No, señor, donde puede; unas veces estará en Michapa; otras en Amojileca, quizás irá á Chichmualco de noche; en fin, tiene que andar errante, como hemos andado todos hace tiempo. Pero no hay cuidado por él. Conoce bien el terreno y nuestra gente es fiel á toda prueba.

—¿Y cómo han podido ustedes atravesar sin ser conocidos, hasta aquí?

—Hemos venido por la sierra, caminando á veces sólo por la noche, y sin embargo no hace cuatro días que hemos salido de allí. Ayer muy tarde, llegamos á la Brea y madrugamos para estar aquí á buena hora.

—Eso por lo que toca á mi hermano Miguel y á mí. En cuanto á este muchacho, añadió, señalando al joven Don Nicolás, ha costado mucho trabajo sacarlo de Chilpancingo, á donde había llegado de México hacía pocos días, como se lo escribí á usted. Estaba vigilado con tanto rigor, que no era dueño de moverse sin que en el acto lo supiera el Subdelegado de Tixtla, por medio de sus espías. Sabían que no se metía en nada; que acababa de llegar de México, en donde había estado de "cajero" en una tienda, y sin embargo, sospechaban que se comunicaba con nosotros, y no lo dejaban quieto ni á sol, ni á sombra. El disimulaba cuanto podía, fingiendo que deseaba volverse á México, ocupándose sólo en diver-

tirse y en bailar el "minuet" y el "campes- tre" con las Guevaras y las Leyvas. Pero ni esto le ha valido, y á pesar de su amistad íntima con las Guevaras, que son la familia del Subdelegado, hubo orden de reducirlo á prisión. Entonces pudo escaparse, merced á un aviso oportuno, y con dos mozos de confianza vino á reunirse á nosotros en la sierra, á tiempo que salíamos para acá.

—Bueno, todo ha salido bien, dijo Morelos. Pero, ustedes han andado mucho, deben estar muy fatigados y necesitan reposar un poco y tomar alimento. Galeana, encárguese usted de alojar á los amigos. Ya nos veremos después de medio día.

Los Bravos y Galeanas se dispusieron para retirarse, pero antes, Don Leonardo Bravo sacó un paquete del bolsillo de su chaqueta, y entregándolo á Morelos con cierto misterio, le dijo:

—Señor, éstas son las gacetas últimas que se han publicado en México y que acababan de llegar á Chilpancingo. Nicolás nos las ha traído, porque las creyó interesantes. Traen noticias graves del Interior, y el parte de Cosío sobre su ataque desgraciado. Véalas usted; creo que importa.

—Muy bien, replicó Morelos, tomando las gacetas y despidiendo á los viajeros, que se dirigieron con Galeana á una gran choza de "palapa," en que se alojaba Don Pablo, sobrino de Don Hermenegildo.

Allí los mozos de los Bravos depositaron y arreglaron los almofrejes y los baúles de sus aros, y éstos se sentaron á tomar el desayuno. Mientras que se batía en las calderetas de cobre el oloroso chocolate de Caracas y se servía á los tres hacendados chilpancingueños en jícaras y macerinas de oro, Don Miguel dirigiéndose á su hermano:

—¿Qué dices, Leonardo, le preguntó, del señor Morelos?

—Digo, respondió el arrogante y apuesto caballero, que si antes amaba yo la Independencia, hoy la quiero más al conocer á este caudillo. Si el amor á la Patria es una religión, Morelos es digno de ser su Profeta. ¡Qué hombre! Su mirada es un sol que ilumina el alma, ¿no lo crees así?

—Tan lo creo, que estoy resuelto, como tú, á acompañarlo hasta la muerte.

—Y yo, señor padre, añadió el joven Don Nicolás, yo seguiré á ustedes en este camino hasta vencer ó morir.

Y los tres hermanos se abrazaron, llorando de entusiasmo.

El gran Don Hermenegildo Galeana y su sobrino Don Pablo, que miraban conmovidos á sus huéspedes, los abrazaron también, y Don Hermenegildo, irguiéndose con noble orgullo, dijo:

—Amigos: cuando se ama, como nosotros amamos á la Patria y se tiene un jefe como Morelos, no se pierde nunca, y si se muere, es para triunfar!!

III.

A las cuatro de la tarde de ese mismo día 2 de Mayo de 1811, Morelos celebró una Junta de guerra, á la que fueron convocados los jefes principales de su pequeño ejército, acampado en el Veladero, en la Sabana, en el Pie de la Cuesta y en otros puntos fortificados frente á Acapulco.

Como estos jefes eran numerosos y la tienda del General reducida, la Junta se verificó al aire libre, al pie de un grupo de coposos amates y de ébanos, que había a un lado de la plazoleta principal del campamento.

A esta junta concurren por orden expresa de Morelos, los tres Galeanas, Don Hermenegildo, Don Juan José y Don José Antonio, Coroneles entonces; los dos Avilas, Don Julián y Don Miguel, también Coroneles; Don Ignacio Ayala y Don Rafael Valdovinos, Tenientes Coroneles, todos jefes de las divisiones nuevamente organizadas, ó de los batallones formados en la costa desde Noviembre de 1810, es decir, desde hacía siete meses; los dos Bravos, Don Leonardo y Don Miguel, que acababan de ser nombrados Coroneles y jefes de las fuerzas que debían organizarse en la sierra de Chilpancingo, y por último, el bravo Don José Antonio Talavera, eclesiástico que habiendo comenzado á figurar como Capellán del ejército insurgente, había luego por su arro-

jo y demás dotes militares y abandonando sus funciones de Cura castrense, obtenido el empleo de Teniente Coronel y el mando de uno de los Regimientos.

Este P. Talavera iba á fungir de Secretario de la Junta.

Habíanse acuartelado las tropas desde las tres, rigurosamente, y colocado una guardia á regular distancia del lugar en que la Junta se verificaba, á fin de producir el aislamiento conveniente. Reinaba el más profundo silencio en el campo, apenas turbado de cuando en cuando por los rumores lejanos de la floresta ó por el vago murmullo de los soldados que esperaban en sus rústicos cuarteles, la noticia de alguna grave resolución del General.

Este, después de dar algunas órdenes en su tienda, se dirigió pensativo y grave al lugar de la Junta, y tomó asiento en medio de los jefes patriotas que lo contemplaban con una especie de curiosidad respetuosa.

Y abriendo la sesión con un tono solemne que sólo empleaba en ciertas ocasiones y que no usaba habitualmente, enemigo como era del énfasis, é inclinado por carácter al tono ligero y familiar que no excluía sin embargo, ni las palabras sentenciosas, ni los pensamientos profundos, les dijo:

“Señores:

“Ustedes que han sido mis fieles compañeros y colaboradores, desde el principio de esta campaña, y á cuyo valor se debe el que la gran empresa que hemos acometido haya alcanzado feliz éxito hasta aquí, saben bien, cómo la hemos empezado, sin más elementos que nuestra decisión y la fe en la justicia de nuestra causa.

“Por eso omito entrar en particularidades que ustedes conocen tanto como yo mismo. Pero no estará de más decir que autorizado por nuestro respetado Generalísimo señor Hidalgo para propagar la insurrección contra el dominio español en este Sur, y para operar contra las fuerzas enemigas de Acapulco, he llegado á la costa con un pequeño grupo de amigos mal armados, pero que he encontrado en todos ustedes así como en los pueblos un apoyo tan volunta-

rio y tan eficaz que con él, he podido en pocos meses, realizar en parte, las esperanzas que depositó en mí, el hombre grande que fué el primero en dar el grito de Independencia en Dolores.

"A ustedes, pues, deberá la Patria el haber contado, desde el año 10, con un baluarte de sus libertades en estas montañas, baluarte, que estoy seguro, no será derribado jamás, porque está cimentado en los corazones de ustedes y de sus hijos.

"Ahora bien: mi comisión está cumplida sólo en una parte. Desde mediados de Octubre del año pasado, en que llegué á Zacatula y ocupé á Petatlar, hasta la fecha, van corridos poco más de seis meses apenas, y en este corto tiempo nos hemos hecho dueños de toda la costa grande, sin que nadie intente disputarnos allí el dominio del Gobierno independiente. El grupo de amigos y de mozos con que atravesé el río de las Balsas, se ha convertido en un ejército de tres mil hombres, fuerte y bien organizado. Nuestras pobres escopetas de Carácuaro y nuestros arcos y flechas de Tecpan y de Atoyac, hace tiempo que desaparecieron, y hoy tenemos fusiles y cañones que hemos quitado al enemigo. Para el Gobierno español todo esto ha sido pérdida; para nosotros ganancia. Los fusiles, las pistolas, los sables, las bayonetas, los cañones, el parque con que hoy les hacemos la guerra, eran suyos y hoy pertenecen á la nueva nación, habiendo sido conquistados en buena lid. Sólo los machetes costeros con que hemos arrancado esas armas, son todavía los nuestros. Los españoles con todas sus ventajas de número, de armamento y de disciplina, han atacado á nuestras tropas bizoñas é inexpertas y han sido derrotados repetidas veces, dejando en nuestro poder sus municiones y sus armas, huyendo despavoridos á meterse en Acapulco. Calatayud, Páris, Sánchez Pareja, Fuentes, Rodríguez, Rionda, Caldelas, Cosío, Régules, militares españoles de mucho crédito, en vano han intentado disputarnos la palma de la victoria; han sido vencidos uno á uno, ó todos juntos, y cada uno de ellos

ha encontrado á su vencedor en cada uno de ustedes.

"Todos estos jefes europeos, acostumbrados á desdeñar á los americanos, comenzaron por despreciarnos y han acabado por temernos. Acuérdense ustedes de su soberbia antes de la acción del Egido, y vean ahora su terror, sólo al divisarnos ayer. Después del Egido pudieron tener algunas esperanzas, pero ya en el Aguacatillo y en Llano Grande sufrieron un desengaño. Este fué completo en la Sabana y su desastre de Tonaltepec los aniquiló para no dejarlos ya levantar cabeza. Después, todo ha sido inútil para ellos. Cada ataque á nuestro campo ha sido una vergüenza para ellos y una gloria para nosotros, al grado de que se han hecho nuestros proveedores de armas, de municiones y de bagajes.

"Sólo el Gobernador Carreño no ha querido arriesgar para nada la persona y ha podido verse libre de nuestros ataques, metido entre los espesos muros del castillo y protegido por sus numerosos cañones.

"A este propósito, ya ustedes lo saben: sin artillería, sin elementos suficientes para batir una fortaleza como la de San Diego, artillada con los grandes cañones de Manila y auxiliada del lado del mar por veinte lanchas cañoneras, nos era imposible, como le hubiera sido imposible á todo el mundo, tomarla á viva fuerza. Habría sido una locura intentarlo. Era preciso, pues, apelar á otros medios, entenderse con los de adentro, procurar una sublevación entre los defensores, que auxiliada por nosotros oportunamente, nos hiciese abrir las puertas.

"Ustedes saben que lo hemos procurado y que no somos responsables del mal éxito. El infame Gago, de acuerdo con Carreño, engañó vilmente á Tavares, y nuestro intento sobre el castillo se malogró, no por falta de arrojo de nuestra parte, pues nuestras columnas llegaron hasta los fosos del castillo, sino por la perfidia de aquel hombre y de sus compañeros, que no cumplieron la palabra empeñada.

"Una vez que toda tentativa, por ahora, sobre la fortaleza, es inútil, por falta de artillería de grueso calibre, no nos queda otro

recurso que el de mantener en estrecho asedio al castillo y á la ciudad por el lado de tierra y aplazar su toma para más tarde. Caerán en nuestro poder al fin; es cuestión de tiempo. (*)

"Hé aquí, pues, señores, las ventajas que hemos conseguido en seis meses. Somos dueños de la costa del Sur, y hemos bloqueado por el lado de tierra á la ciudad y castillo de Acapulco. Hemos quitado al enemigo las armas que nos hacían falta, y hemos acabado por infundir temor en nuestros orgullosos contrarios. Pero para mí la mayor de todas consiste en haber dado una organización rigurosamente militar á nuestras tropas y en haberles infundido al mismo tiempo que el amor á la Independencia, el espíritu de disciplina, sin el cual, los ejércitos no son imponentes, ni saben triunfar. Las catervas de labriegos que han seguido desde la costa nuestras banderas, forman hoy Batallones y Regimientos regulares. Los combates que hemos sostenido aquí los han adiestrado en el manejo de las armas y en las maniobras de batalla. Una sola acción, la del Egido, ha bastado á todos para comprender que el valor, por grande que sea, se duplica con la educación militar, y desde entonces los días de descanso han sido días de instrucción, los campamentos, campos de maniobras, y las batallas ensayos de nuestra pericia.

"Siempre recordaremos, señores, estos bosques y estas montañas, y sobre todo "El paso á la Eternidad," como la escuela en que hemos aprendido, combatiendo, el arte de la guerra.

"Pero es ya tiempo de hablar á ustedes del objeto principal de la Junta. En mi calidad de Lugarteniente del Generalísimo, mi misión no se limita á hacer la campaña en esta costa. Naturalmente, estoy facultado para extenderla á las comarcas del país en

(*) Efectivamente, Morelos ocupó á viva fuerza la ciudad de Acapulco en 1813, y después de haber sitiado la fortaleza durante seis meses, ésta se le rindió por capitulación el 20 de Agosto de 1813.

que la crea necesaria, pues el objeto final de nuestra empresa es libertar á los pueblos de la tiranía, á fin de formar una nación independiente y que se gobierne por sí misma. Para conseguirlo, es necesario ir adelante y no descansar.

"Ahora bien: aquí, por lo pronto, ya no hay nada que hacer. En los pueblos del centro contamos con amigos que sólo esperan nuestra aproximación, y con enemigos á quienes es necesario aniquilar. El Sur entero, desde aquí hasta la capital del Virreinato, se presenta á nuestras miradas y nos ofrece un campo más vasto para nuestras empresas.

"Además, para apresurarnos á llevar la guerra á esas comarcas, hay ahora una razón más de patriotismo y de necesidad. El señor Coronel Don Leonardo Bravo, aquí presente, me ha entregado esta mañana unas gacetas que llegaron últimamente de México á Chilpancingo, y en una de ellas se encuentra una noticia de suma gravedad que es de mi deber comunicar á ustedes, porque confío en que el carácter varonil de ustedes vé con la misma magnanimidad y entereza, los triunfos que las desgracias.

"Dice así este papel, añadió Morelos, leyendo con voz firme, en la que en vano se hubiera buscado la menor emoción.

"Gaceta extraordinaria del Gobierno de México—Del martes 9 de Abril de 1811.— Por extraordinario que acaba de llegar á esta capital ha recibido el Exmo. Sr. Virey el oficio siguiente del Sr. brigadier D. Felix María Calleja, general en jefe del ejército del Rey contra los insurgentes.

"Exmo. Sr. Ahora que son las cinco y media de la tarde recibo del teniente coronel D. Josef Manuel de Ochoa, comandante de la división de Provincias Internas en la frontera de Coahuila, el oficio siguiente:

"Las interesantes y plausibles noticias que en oficios 25 del corriente, dirigidos de la villa de Monclova, y firmados por los señores gobernadores D. Simon de Herrera y D. Manuel Salcedo con los demas vocales de que se compone la junta de seguridad de dicha villa, contienen las que copio.

"Es muy conveniente me facilite vd. 500